

principio, á toda ley. ¿Qué digo? ¡El artista realista proclamando para sí mismo una independencia impía, se hace mas que rey; se hace Dios, Dios en el reino del arte, como el filósofo racionalista en el reino del del pensamiento!

Esto supuesto, casi no es necesario mostraros en qué se convierte para el realismo contemporáneo, no solamente la religion de Cristo, sino todo religion cualquiera que sea. Para el realismo, los dogmas religiosos no son nada; lo sobrenatural es quimera, lo divino un contrasentido. Dios, para él, no queda ya siquiera como una magnífica hipótesis que abre ante el artista esas misteriosas perspectivas que dan vuelo al génio del arte; hace con Dios lo que hace con el alma, con el espíritu, con la conciencia, lo *elimina*; destierra á Dios de su presencia como su antagonista absoluto. La sombra misma de Dios lo importuna; porque proyectándose sobre su génio acusa sus obras y lo desmiente á cada paso. ¿Qué puede ser para el arte realista una religion cualquiera, si no es una contradicción á sus tendencias innatas, y una negación absoluta de su dato fundamental? Si Dios existe, si hay un infinito viviente, ¿cómo hacer para desechar el ideal? Y si se acepta el ideal ¿cómo hacer para permanecer realista? Así es que, de grado ó fuerza, á despecho de las protestas contrarias, el realismo doctrinalmente supone el ateísmo, y con el ateísmo la negación de toda religion; y el ateísmo que supone en sus doctrinas, lo predica en sus obras; y así en sus efectos como en sus causas, el realismo es en esencia el arte de los pueblos ateos.

No se detiene aquí la influencia del realismo artístico en la humanidad; su influencia resplandece mas palpable en el órden moral; y el realismo del arte, multiplicando sus triunfos, desarrollaría en las costumbres públicas una depravacion todavía mayor que sus triunfos.

Ya lo hemos visto, el realismo contemporáneo ha salido en línea recta del naturalismo contemporáneo. Proclama como su dogma supremo la imitación exacta y completa de lo real. Pero, no lo olvideis, lo real de que aquí se trata no es lo real del alma, del espíritu, de la conciencia; es lo real de la materia, lo real de los sentidos, lo real de la carne. En verdad que el alma es también una realidad; es la gran realidad humana, la realidad que hace que el hombre sea hombre y no animal. Pero el realismo artístico de nuestros días se burla atrevidamente de la realidad inmaterial, y si no la niega absolutamente, hace de ella una abstracción absoluta. Ahora bien, ¿qué puede producir, decidme, un arte emanado todo entero de esta fuente, lo real material, si no es lo que la materia encierra en su seno, el sensualismo y siempre el sensualismo? El sensualismo que mancha toda pureza, que devora todas las virtudes, que destroza toda santidad; el sensualismo que hace caer á la humanidad, de las espléndidas cumbres iluminadas por el espíritu, hasta los oscuros abismos á donde la voluptuosidad lo arrastra en el oprobio de su carne; el sensualismo que amortigua en el corazón humano la fibra generosa de la adhesión y del sacrificio, y hace germinar en todas las almas que invade un egoísmo monstruoso y feroces instintos; el sensualismo que decapita la vida humana, que mata al hombre hiriéndolo en la parte superior de sí mismo, y hace de la carne la tumba del espíritu; el sensualismo que quebranta en el hombre toda voluntad poderosa, toda energía fecunda, para no dejar en este rey destronado de todas maneras, mas que debilidad, impotencia y esterilidad; el sensualismo, en fin, el mas terrible azote del mundo moral y el agente mas activo de todas sus depravaciones y de todas sus abyecciones. Hé aquí lo que por una generacion verdaderamente espontánea

debe salir de un arte basado todo en la materia, evocado del fondo de la materia, engendrado, en una palabra, por la materia; el sensualismo artístico, hijo natural del materialismo doctrinal.

Así pues, ved como, desde hace algunos años sobre todo, el arte y la literatura se han precipitado á vuestra vista en el sensualismo y aun podria decir en la lujuria. ¡Cómo han manchado con sus obras ese noble imperio del arte que debiera ser siempre el imperio de la belleza sin tacha! ¡Semejantes á esas mugeres audaces que llevan á vuestras miradas atónitas, cual la tentacion encarnada, su sensualismo sin honor y sin gloria, se han escotado de súbito insolentemente, como en los peores días de las saturnales humanas, y si me permitis esta palabra popular, pero expresiva, se han presentado horriblemente *despechugadas*! Habiendo bajado de la cima de la ciencia materialista, como esos torrentes fangosos que arrebatan en su lodo las plantas y las cosechas, el sensualismo ha corrido con henchido cauce á través de todo ese mundo del arte, arrebatando en su curso todas las flores de virtud y todos los gérmenes de santidad. ¿Qué digo? ¡El sensualismo realista ha hecho mas que correr con henchido cauce; ha salido de madre; ha roto todos los diques que la ley moral y el respeto social oponian á sus avenidas; y ha llevado por todas partes á derecha y á izquierda sus ondas descarriadas, arrastrando con él ese vaso impuro que repulsa la inocencia, el pudor, la virtud!... Al pié de la letra, nuestro arte realista se ha embriagado de sensualismo, como ciertos prostituidos se embriagan de licores malsanos para entregarse á delirios sensuales. ¡El vértigo le ha subido á la cabeza, y ha empezado á correr, desgrefiado y loco, por todos los caminos de la clase baja y del gitanismo, desafiando insolentemente todo clase de pudor; tomando sus provocaciones por génio, su des-

vergüenza por arte y su libertinage de imaginacion por el soplo de la inspiracion; en una palabra, sus orgías de la carne por obras maestras del espíritu!... ¿Del espíritu? ¡Ah! Cuando se trata de estas obras, abiertas á todos los soplos sensuales, ¿se puede todavia hablar del espíritu? En otro tiempo las creaciones literarias, sobre todo, se denominaban bien las *obras del espíritu*; para dar su verdadero nombre á las producciones literarias y artísticas de nuestros tiempos sería forzoso denominarlas obras de la *carne*. ¡El espíritu, el alma, el corazon mismo no tienen ya nada que hacer en ella; lo que hay por todas partes es la sensacion, y siempre la sensacion; el instinto y siempre el instinto; el temperamento y siempre el temperamento; la sangre y siempre la sangre; la carne, en fin, todavia la carne y siempre la carne!

Hé aquí, Señores, tal ó cual drama que habeis leído, tal ó cual cuadro que habeis mirado, tal ó cual trozo de música que habeis oído y al cual vuestros recuerdos de ayer confieren nombres que la delicadeza me obliga á callar. Dios un día miró á la humanidad corrompida en sus caminos, y dijo: Mi espíritu ya no reposará sobre el hombre porque es todo carne: *quia caro est*. Al mirar este mundo de la literatura y del arte tan empapado en sensualismo, tan manchado de voluptuosidad, tan cubierto, en una palabra, de todo el fango de la materia y de la carne, siento la necesidad de exclamar: Mi espíritu ya no se detendrá mas sobre este mundo, porque de mundo del espíritu que era antes se ha convertido en el mundo de la carne: *quia caro est*. Ya no mancharé mis miradas con el espectáculo de todo este fango. Quiero abandonar presto esta pesada atmósfera en que mi alma parece que se ahoga, para buscar en un aire mas puro una respiracion mas libre.

¿Cómo hacer, por otra parte, para decir aquí toda

la verdad sin faltar á la dignidad, ó para salvar la dignidad sin hacer traicion á la verdad? ¿Cómo hacer para deciros, en términos que podais oirlo, todas esas vergüenzas humanas que se os da en pintura, en el teatro, en la novela, bajo los nombres ambiciosos de arte nuevo, de transformacion, de progreso y de rejuvenecimiento del arte y de la literatura? ¿Como si hubiera algo mas viejo que estos recargos de paganismo y estas antiguallas de un arte ultra-pagano! ¡Qué! ¿Llamais rejuvenecimiento de la literatura, renovacion del teatro, progreso del arte, á esas crueldades voluptuosas, á esas anatomias del placer y de la sensacion, á esos misterios de las tinieblas sacados á la luz, á esos cuadros vivientes, á esos infames bailes que hubieran quizá silbado en las ciudades literarias del antiguo paganismo? ¿Para qué enumerar, en fin, esos desafíos de insolencia, esas apuestas de audacia en las provocaciones de la voluptuosidad y la desnudez del pudor? En una palabra, sobre ese *nec plus ultra* del sensualismo literario ó dramático; decid, ¿cómo quereis que yo, sacerdote, cómo quereis que yo diga sobre todo esto toda la realidad de las cosas, sin comprometer la dignidad del discurso? ¿Cómo, al describir estos fenómenos, podria yo conciliar todos los derechos que reclama la verdad con todo el respeto que debo á vuestras almas, á mi ministerio, á este templo, á mí mismo?... Pasemos, pasemos presto delante de estas costumbres inmundas desarrolladas por el realismo artístico y literario; pasemos del orden moral al orden social.

En este tambien, no hay que engañarse, la accion del realismo artístico y literario es desastrosa.

Ante todas cosas, un paralelismo singular me llama aquí la atencion entre el mundo social y el mundo artístico. El realismo en el orden artístico semeja al reinado del hecho y á la soberanía de la fuerza en el mundo social. El hecho consumado aceptado como

legítimo, el hecho bruto aceptado como derecho, ¿es acaso otra cosa que el realismo en la sociedad? En el orden social hay tambien lo real y lo ideal; lo real es el hecho; lo ideal es el derecho; lo real es lo que es, lo ideal es lo que debe ser; lo real, lo real solo es el reinado exclusivo de la fuerza; lo ideal es el reinado superior de la justicia; y la armonia del uno y del otro, de la justicia que dirige la fuerza, y de la fuerza que se pone al servicio de la justicia, es la belleza social elevada á su mas alta potencia. Algo semejante se produce en el orden artístico. Suprimid lo ideal y no queda mas que el hecho, el hecho que se impone de una manera inflexible. El hecho y la fuerza reinando solos en la sociedad; he aquí el *despotismo*: lo real y la naturaleza, es decir, aquí tambien la fuerza y el hecho reinando en el arte; he aquí el *realismo*.

Sea lo que fuere del vínculo oculto que liga una con otra estas dos cosas de orden tan diferente, ello es cierto que, hoy dia al menos, estos dos fenómenos se revelan juntamente; estos dos realismos marchan con un mismo paso y paralelamente á nuestros ojos. A medida que el reinado de la fuerza se produce en las sociedades, y bajo el nombre mentido de libertad se convierte en despotismo, el reinado de la realidad se produce en las artes, y bajo la máscara de la belleza se convierte en deformidad. Así como la vuelta al reinado exclusivo de la fuerza en las sociedades nuevas no es mas que el regreso á la barbarie bajo el nombre de civilizacion; así tambien la invasion y el reinado exclusivo de la realidad en el arte anuncia un regreso, mas ó menos acelerado, al estado bárbaro y salvaje. Si el salvaje ó el bárbaro fuese susceptible de cultivar el arte, su arte sería semejante al que se trabaja por formarnos hoy día, sería *realista*... El salvaje permanece salvaje porque, sepultado en la realidad, carece de ideal: si imita algu-

na cosa, hace necesariamente una imitacion realista; no conoce y no sigue mas que dos cosas, el instinto y la realidad, la realidad y el instinto. Hacedle dominar la realidad visible por la intuicion de lo invisible, el hecho por la idea, la fuerza por el derecho; dejará de ser salvage. Al contrario, desarrollad en el hombre civilizado, con detrimento de lo ideal, la pasion de lo real; haced reinar en él el hecho sobre la idea, el instinto sobre los principios, el temperamento sobre la razon, la carne sobre el espíritu: se volverá salvage de civilizado que era antes. Lo que prueba mas cuán simpático es el realismo á la barbarie y antipático á la civilizacion, es que es de su esencia el acrecer en los artistas desde luego, y despues en la multitud, el reinado de la realidad y la dominacion del instinto, á medida que disminuye en la misma proporcion la dominacion del ideal, y con la supremacia de la idea, el reinado de la razon.

¿Qué digo? Hace mas todavia que impeler á la multitud á un regreso al estado salvage ó bárbaro; la impele y la abaja á la condicion de la vida animal. Hé aquí, en efecto, la diferencia radical entre la vision del hombre y la vision del animal; el hombre ve á la vez lo real y lo ideal, el hecho y la idea; el animal no ve mas que el hecho y la realidad. Cara á cara con un bello objeto, el animal ve el objeto, pero el objeto solamente; la belleza se le escapa. Es que no recibe por el espíritu la vision del ideal. Así es que si el animal pudiera ejercer el arte, ejercería infaliblemente él tambien el arte realista; no podría siquiera sospechar la existencia de otro arte. De aquí resulta, por la invencible lógica de las cosas, que trabajar por desarrollar en la humanidad el gusto del arte realista, es trabajar por desarrollar en el hombre el arte menos humano; es provocar la expansion del instinto animal, y comprimir en él el resorte de las necesidades intelectuales y espiritualistas.

Es, en una palabra, trabajar por hacer al hombre cada vez menos hombre. ¡Ah! Es que el arte mismo, el arte realista, á medida que se arroja en la materialidad se vuelve mas y mas á la animalidad. Llevado hasta sus últimos resultados, es el arte hecho animal, el arte menos lo ideal, el arte menos la inteligencia, el arte menos el alma humana, el arte menos lo divino y lo humano juntamente, imitacion y reproduccion de la materia bruta, de la naturaleza tal cual es; y si seguimos avanzando por este camino, no habria ya razon para que el mono no llegase á ser presto el mas grande artista realista, el mono imitador del hombre, como el hombre sería imitador de la naturaleza. El realismo, en efecto, en su nocion mas sincera es el remedo de la naturaleza; es el gesto del arte que imita la naturaleza, como el mono imita al hombre.

¡Ah! Si el génio realista es insensible á los destrozos que hace en el órden intelectual, moral, religioso y social, no puede suceder que deje de serlo á los destrozos y á la destruccion que aquí lo alcanzan á él mismo. Ved, en efecto, como por todas partes, bajo el ascendiente del realismo y de sus triunfos, el arte se vuelve ya por todos lados y en todas las esferas exterior, material, físico, mecánico, fisiológico, en una palabra, animal. Ved como trabaja por hacer prevalecer, en todo y por todo, la sensacion sobre el sentimiento, la forma sobre la idea, la vibracion nerviosa sobre la emocion moral, el juego de los sentidos sobre el drama de la conciencia, los goces de nuestro ser material sobre los goces de nuestro ser espiritual, los estremecimientos del cuerpo sobre los estremecimientos del alma. Ved como los artistas realistas, cada uno en su esfera y su especialidad, parecen conspirar para traer toda la vida á su superficie, y para ponerla toda entera en vuestros oidos, en vuestros ojos, en vuestros sentidos.

¿Para quién son esos cuadros realistas que parece que quieren únicamente agradar á los ojos? ¿Acaso para seres que no tienen mas que sentidos ó para seres que tienen alma? ¿Acaso para animales que solo saben sentir ó bien para hombres que saben pensar? ¿Quién pudiera decirlo?

¿Para quién son esas esculturas realistas que me muestran todo lo que hay en un cuerpo humano, y nada de una alma humana, que parece que quieren forzarme con la ausencia de todo reflejo de ideal á ver y á amar lo desnudo por lo desnudo, la carne por la carne, la materia por la materia?

Para quién esa música realista en que el ruido de la materia remplace ó ahoga los acentos de la vida, y que hace estremecerse todos los nervios de mi cuerpo sin conmover una sola fibra de mi alma; en que la prestidigitacion hace las veces de la inspiracion, y en que se pretende venderme como potencia de génio la habilidad y la fuerza? ¿Para quién esas armonías que en lugar de hacerme pensar en el infinito me obligan á tropezar en lo finito, y en lugar de arrebatarme sobre las alas de la contemplacion á las regiones del ideal, me vuelven á arrojar, bajo el sacudimiento de la sensacion, en lo vulgar de la realidad?

¿Para quién esa arquitectura realista cuya ambicion parece cifrarse toda en combinar al azar del capricho prodigiosos cúmulos de piedras, templos materiales en el sentido mas estricto de esta palabra, en que el arquitecto ha pensado en todo excepto en esa luz del dogma que, cual magnífica lumbrera, debe iluminar con rayos del infinito la morada de Dios? ¿Para quién esos edificios? ¿Acaso para aquellos que no creen mas que en el tiempo ó para los que creen en la eternidad, para los que adoran un Dios ó para los que no adoran mas que la humanidad?

¿Para quién esa poesía realista en que las palabras

tropiezan con las palabras, en que imágenes se hacen sobre imágenes, en que la forma, y muchas veces una forma extravagante y fantástica, se despliega, se exagera y se arrebatada desgrefiada como una bacante en el vacío absoluto de la idea, ó en el pálido crepúsculo de un escepticismo universal? ¿Para quién esas palabras que se empujan y se tropiezan unas con otras, sin mas fin que asombrarme ó aturdirme; esos versos que saltan en vez de andar, que aullan en lugar de cantar, que se lanzan sin luz de idea fuera de la ley de la belleza como una danza ridícula de fantasmas que giran en las tinieblas? Esa poesía, con ese inmenso estrépito de sonidos vacíos, ¿qué quiere y á quién pretende dirigirse? ¿Es una alma de poeta la que canta para agradar á mi alma? ¿O es acaso la voz de un salvaje que ruge para dar calosfrio á mi cuerpo? . . .

¿Para quién, en fin, esos dramas realistas, en que el prestigio de las decoraciones se sustituye á la profundidad de la emocion; en que el juego de las máquinas materiales remplace el juego de las pasiones humanas; dramas semibárbaros, en que la sensacion del cuerpo, y muchas veces la sensacion grosera sobresale insolentemente mas que las explosiones del alma y las manifestaciones del espíritu; drama todo material, que condensa en su materialidad grosera todos los vicios y todos los defectos señalados en las otras esferas del arte; drama babilónico en que la maldad se despliega, en que la voluptuosidad impera, en que lo dramático toca tan de cerca á lo real, que el arte se distingue apenas de la realidad, y que la imitacion artística del hecho mas vergonzoso parece identificarse con el hecho mismo?

¿Quién vendrá á arrancar nuestras artes de esta lepra vergonzosa? ¿Hasta cuándo estaremos condenados á sufrir esta horrible epidemia artística y literaria? Afortunadamente ya empieza la reaccion; la

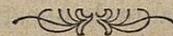
protesta sale del fondo de todas las almas nobles y se eleva de todos los extremos del mundo de las inteligencias: y yo creo ser el eco del gran murmullo de las almas, exclamando aquí desde esta elevada cátedra en que resuena la verdad: ¡Oprobio á esa barbarie artística que se atreven á encarecernos como el progreso del arte!

¡Atrás, atrás esos juegos salvages que no tienen nada de comun con la majestad del arte! ¡Fuera esas pinturas, esas esculturas, esas músicas, esas arquitecturas, esas poesías y esos dramas! ¡Lejos, en fin, todas esas representaciones realistas, materiales, obscenas, en que el arte no solamente se descarria, se degrada, se deshonorra, sino que está amenazado de renunciarse á sí mismo y de aniquilarse enteramente! Sí, Señores; no temo afirmar, en medio de todas estas ruinas llevadas á cabo ó ampliadas por él mismo, ruinas intelectuales, morales, religiosas, sociales, si continuara avanzando por este camino, el arte, tarde ó temprano, se cavaría su propia tumba.

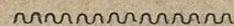
Pues bien, Señores, si el arte hubiera llegado á este punto; ¿quién creis que podría hacerlo salir de su tumba? ¿Quién podría soplar sobre este cadáver para volverle la vida? ¡Oh santa religion de mi Cristo, religion de la verdad, de la santidad, de la belleza! ¡Ah! Vos sois quien obrariais, aun para un arte muerto, el milagro de la resurreccion; y en presencia de esas ignominias, de esas ruinas, y esa podredumbre que mi palabra se vió obligada á tocar, ya presiento para mí la dicha santamente entusiasta, de mostrar bien presto como, asi para el arte como para todo lo demás, vos sois *la resurreccion y la vida!*



CONFERENCIA SEXTA.



El Arte y el Cristianismo.



Monseñor:

Despues de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, despues de haber indicado las relaciones íntimas que existen por una parte entre el hombre y el artista, y por la otra entre el artista y su siglo, hemos señalado en nuestra última conferencia, como resultado de las causas de decadencia reveladas en la precedente, ese espantoso fenómeno que se produce hoy día en el mundo artístico, el realismo. El realismo, considerado en sí mismo y en su esencia, es el antagonismo del arte, es su negacion mas absoluta. Considerado en sus consecuencias, el realismo es una plaga para las inteligencias, para la civilizacion, en una palabra, para sí mismo. Si el arte llegase á marchar por todas partes por el camino que le abre el realismo, en medio de las ruinas acumuladas por sus destrozos, el arte se cavaría una tumba; y en un porvenir mas ó menos remoto, la verdad y la historia podrian escribir sobre esta tumba sellada por el deshonor: Aquí yace el arte, muerto por el realismo y sepultado por la barbarie.

Hoy vamos á pronunciar para el arte la palabra de vida y de resurreccion. Vamos á procurar resumir,